



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 43.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 23 DE OCTUBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



Lunes último ha fallecido una de las víctimas del descarrilamiento de Pozuelo, la señora á quien fue preciso hacer la amputacion del pie. La empresa sin embargo, como ya dijimos en la pasada revista, ha anunciado en los periódicos de su devocion que ha pagado sin rezatear todo lo que se le ha pedido. Desearíamos saber cuánto le ha costado la vida de doña Mercedes Rodriguez, aunque no fuera sino para

juzgar por un cálculo aproximado á cómo saldremos chieco con grande los demás españoles el día en que viajando por un ferro-carril nos toque el turno de ser víctimas. Por supuesto que en la semana anterior ha habido otro ú otros dos descarrilamientos: ya daremos pormenores. Si las empresas, y especialmente la del Norte, no procuran tener mas vigilancia y mejores empleados, será preciso como medida de seguridad pública, que el gobierno se encargue de la explotacion de los ferro-carriles aplicando á estos casos la ley de expropiacion forzosa. No somos partidarios de que el gobierno lo haga todo: por el contrario desearíamos que se limitase á lo menos posible; pero si la seguridad personal de los individuos se ve comprometida como hasta aquí por una explotacion codiciosa de las empresas de vias férreas, que tienen muchos empleados, mas malos y peor pagados de los que debieran, no hay otro medio sino encomendar este que con el tiempo será un servicio general como el de correos al gobierno que es el explotador menos codicioso y aun pudiéramos decir, mas despilfarrado. Es preferible que haya empleados de sobra y que los ferro-carriles no produzcan nada al Estado, á tener que lamentar cada se-

mana una catástrofe como las que con tanta frecuencia se suceden por tener las empresas un personal y un material escasos y generalmente hablando, malos

Se ha publicado en esta semana un curioso y bien escrito folleto que ha tenido la bondad de remitirnos su autor don Anastasio Alvarez Gonzalez, médico homeópata. Recordarán nuestros lectores que por el mes de junio del corriente año se habló de un caso de rabia curado por medio de medicamentos homeopáticos. Este caso llamó nuestra atencion y escitamos entonces al profesor en cuya práctica particular hubiera ocurrido á que publicase todos sus pormenores. Esto es lo que ha hecho con mucha claridad y lucidez el doctor Alvarez Gonzalez, médico del hospital de Italianos y de las Escuelas Pías de San Antonio Abad. Segun su narracion en que aparecen todos los caracteres distintivos de la verdad y de la sencillez, la enfermedad de la señora, para cuya asistencia fue llamado, habia sido calificada de rabia por otros facultativos y presentaba en efecto el conjunto de síntomas que la caracterizan. Llamado al comenzar el segundo periodo del mal, propinó á la enferma cierta dosis de un medicamento que no dice, indicando solamente que se le habia sugerido la lectura de una nota luminosísima de Hahneman en el segundo tomo de su *materia médica pura*. Nosotros hubiéramos deseado que el señor Alvarez Gonzalez hubiese publicado su remedio, no obstante que la indicacion que hace, basta para alejar toda sospecha de que trate de hacer de él un secreto. La publicacion sin embargo, haria que se experimentase en los casos sucesivos que por desgracia no dejarán de presentarse, y que muchas veces se presentan en pueblos donde ni hay médicos homeopatas, ni alópatas que hayan leído á Hahneman. Descubierto un antídoto para tan grave mal, debe vulgarizarse lo mas posible. Creemos tambien que el gobierno debe dar á todo profesor de medicina, cualquiera que sea su escuela, el permiso para encargarse en el hospital de los enfermos de hidrofobia; ninguna responsabilidad tiene en ello desde el momento en que la medicina alopática, declara incurable esta enfermedad, porque nada peor que morir, puede suceder al enfermo.

Nosotros, aunque legos en la materia, creemos que en efecto *similia similibus curantur*: lo que no podemos comprender es cómo obran estos símiles en dosis infinitesimales. Pero de que una cosa sea incomprendible á nuestra inteligencia, no se sigue necesariamente que sea absurda. Hay mas; la ciencia médica es una y las escuelas exclusivas tendrán que ceder al cabo de tiempo á un

conjunto científico que las sintetice todas. De aquí deducimos que el sistema homeopático, aun siendo falso en su principal base, puede auxiliar á la medicina general tanto como el alopático, del mismo modo que la alquimia impulsó en otro tiempo los progresos de la química. El bien de la humanidad es el fin á que se encaminan ambos sistemas, y el gobierno sin precipitarse á adoptar ideas nuevas solo por serlo, debe no cerrarles enteramente la puerta y darles un campo de experimentacion. Nosotros lo que queremos, es que cuando estemos enfermos se nos cure y sea por el método que quiera. Por desgracia estamos todos condenados á muerte y ni la homeopatía, ni la alopátia, ni la hidropatía, ni todos los sistemas inventados desde Hipócrates hasta Raspail, nos pueden indultar de esta sentencia, que por otra parte es justa y necesaria en el órden admirable del universo.

Ya nos ibamos remontando un poco á las regiones de la metafísica y es necesario bajar el vuelo de la imaginacion. A nosotros nos sucede á veces que cuando queremos subir en el Pegaso y pensamos volar con él, este animalito nos hace apearse por la cola, en vez de lanzarnos por cima de las orejas como haria cualquier otro caballo bien educado. En esto de apearnos por la cola, nos parecemos al Banco de España. La situacion económica y mercantil de Europa no es nada buena. En Londres la semana última mejoró mucho el mercado; pero el Banco que habia elevado su descuento, lo mantendrá, segun se dice, en la perspectiva de que Rusia, Italia y en general todos los gobiernos de Europa necesitan dinero, y están pensando en empréstitos y tienen que ir á Londres por ellos. La guerra de América la desequilibrado los negocios; ha producido quiebras en Inglaterra, de las cuales se ha resentido Francia y de las de Francia se resiente España. Sin embargo, todavía por lo que toca á nosotros, debemos esperar que la tempestad se conjure. El gobierno necesita un empréstito y debe contribuir á sacar de sus apuros al Banco, y el Banco auxiliar al comercio. La *Sociedad general de crédito en España* ha suspendido sus pagos; pero creemos que podrá salir adelante con todos sus compromisos, siempre que obtenga un plazo que le permita realizar sus créditos y reponerse de los quebrantos que la situacion de los negocios en el extranjero le ha hecho experimentar.

Los periódicos nos vienen hablando de un magnífico descubrimiento hecho en Méjico en el departamento de la Sonora. Trátase de un libro con hojas de oro y portada de lo mismo, marcado con multitud de geroglíficos

ininteligibles, y tambien de varias mazorcas de plata figurando maiz y otras plantas. Con este motivo sospechan los tales periódicos si se habrán encontrado aquellos magníficos jardines de recreo de que suponen que hablan no sabemos qué escritores antiguos; jardines en los cuales las flores y los árboles eran todos de metales preciosos y piedras finas. En la Memoria que dicen se ha remitido á Francia, se consigna la posibilidad del descubrimiento de esos jardines de los Incas. Sin duda los autores de este *puff* ignoran que los Incas no reinaron jamás en Méjico ni pudieron estender su dominacion al territorio de la Sonora. De otro modo hubieran hablado del asunto en términos que diese mayor verosimilitud al cuento. Pero verán ustedes como el tal *puff* corre por toda la prensa europea, llega á Malta y Alejandría, atraviesa el Istmo de Suez, penetra en la India y en Filipinas, y vuelve por el Cabo de Buena Esperanza á España corregido y aumentado como el famoso descubrimiento del buque de Cleopatra.

El barracón para la esposicion adelanta en su construccion sin interrupcion, y llamando mucho la atencion de toda la nacion. Chiton; porque lo que sucede en esta ocasion da compasion.

El jueves hubo una soberana silba en el teatro Real y un tumulto mas que mediano. En la Zarzuela se estrenó la comedia *Como ha de ser*: fue aplaudida. No así *El centinela de vista*, que tuvo la desgracia de naufragar.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ANUARIO PERPETUO DE FLORICULTURA.

OCTUBRE.

Estamos en pleno otoño y la vegetacion próxima á terminar por completo el último y mas esforzado período de su rotacion anual aun nos presenta en abundancia diversidad de productos que son el mas bello encanto de nuestras huertas y vergeles. *Pomona*, diosa de los frutos y esposa de *Vertumno* dios del otoño, presiden á esta deliciosa y apacible estacion del año, época en la cual el horticultor si los tiempos han sido favorables, recoge con suma alegría el justo premio debido á sus constantes afanes.

¿No observais por lo que os sucede á vosotros mismos, la agradable emocion que se experimenta al ver reunidas y aseguradas por completo las distintas clases de productos que constituyen la cosecha del año y que contemplais con cierta especie de afectuoso interés, esencialmente debido á los improbos y constantes trabajos que os ha costado el conseguirlas? Pues bien, eso mismo os está claramente demostrando que vuestra profesion lleva consigo los gérmenes de las buenas costumbres, de la aficion al trabajo y de los goces de una vida morigerada y sencilla, y por lo tanto exenta y puesta al abrigo del rudo torbellino de las innobles pasiones que despedazan el corazon y siembran de penalidades la existencia.

Ya habreis observado que el plácido otoño por la benignidad é igualdad de la temperatura que en él reina, es una de las estaciones mas bonancibles y tranquilas y en la cual se puede disfrutar apaciblemente de las dulzuras y de los inocentes placeres que proporciona el campo. El veranillo de San Martín con sus deliciosísimos dias nos convida á hacer frecuentes escursiones por las huertas, sotos y alamedas; el cielo azul, sereno y trasparente iluminado por una luz sonrosada esparce el sosiego y la tranquilidad por toda la campiña, y la naturaleza al contemplar gozosa los sorprendentes efectos de su prodigiosa obra, parece como satisfecha de sí misma y nos invita con halagüeña liberalidad á que disfrutemos tranquilamente de todos sus beneficios.

El tiempo que algunas veces se suele presentar vario, lluvioso y hasta frio, vuelve con facilidad á despejarse, y el cielo que momentáneamente se vió empañado por apañados nubarrones que refrescaron el valle con fertilizante lluvia y tal vez cubrieron con ligero manto de esponjosa nieve los picos mas elevados de nuestras montañas, apenas sopla el viento del Mediodía, cuando ve rota la gasa que oscurecia el horizonte y entonces se nos manifiesta mas puro y tranquilo. Al despuntar la aurora, sus primeros reflejos los vemos en ciertas ocasiones velados por el exceso de la humedad de la noche que envuelve la atmósfera; mas al aparecer de lleno el luciente globo del sol, el campo y la montaña se tiñen de una delicada y suave tinta de púrpura y oro, y el abundante rocío que cae en la madrugada, cubre de blanco y menudo aljófar y de transparentes rubies las finísimas hojas del laston, de la juncia y de la grama. Un airecillo fresco y húmedo acompaña al sol en su salida y al atravesar jugueteando por las frondosas alamedas, el alegre ceferillo va entretejiendo las hojosas coronas de los árboles con las sutiles madejas de oro que se desprenden de las afligranadas puertas del Oriente. Los rios festoneados de sauces, juncos y cañas, aumentan el acompasado y melancólico murmullo de sus ondas, y los corpulentos plátanos que aprisionan sus orillas, se miran placenteros en el límpido espejo de sus cristalinas corrientes.

El cordón de S. Francisco turba por algunos dias el sosiego y la apacible calma en el seno de nuestros mares y en algunos sitios inmediatos á sus costas, y esta profun-

da alteracion ocasionada por los consiguientes efectos del equinoccio, se comunica varias veces muy tierra adentro y se nos manifiesta con violentas corrientes de aire acompañadas de intermitentes y repentinos aguaceros.

Aunque las noches en octubre son ya mas largas y bastante frescas las madrugadas, durante el dia aun se disfruta de una temperatura muy agradable. El suelo del bosque y el de la pradera se ven ya vestidos de verde y tupida alfombra, y vistosamente matizados con las pequeñas florecillas del *colchicum autumnale*. Esta humilde y bonita flor procedente de una cebolla que encontrareis á muy poco que removais la tierra os anuncia ya que la época de las distracciones y de las giras campestres toca á su fin. Por eso los hortelanos y labradores en su esquivo, familiar y pintoresco lenguaje, conocen esta planta con el significativo nombre de *quitameriendas*; nombre que encierra en sí todo un sentido adios, al buen tiempo hasta la próxima primavera. Sin embargo, aun podeis disfrutar todo este mes en la campiña, de la noble y santa contemplacion del magestuoso cuadro que la naturaleza os presenta antes de entrar en su aparente y supuesto período de muerte ó adormecimiento.

Mirad sino á ese cielo cuando está despejado, y le vereis diáfano y azul; notareéis que no brilla como el cielo de primavera, ni mucho menos deslumbra como el del estío, sino que aparece con tan delicada transparencia que casi os permite penetrar en su aérea masa. Siendo tal la pureza y diafanidad de las nubes en ciertos dias de octubre que la bóveda celeste parece se halla formada de sutiles y vaporosos crespones que discurriendo pausadamente ante nuestra vista, se van poco á poco perdiendo allá en lo infinito del firmamento. Mas á pesar de ese tranquilo y azulado ambiente que se estiende por el valle y la pradera y que dulcifica todos los atractivos propios de la estacion, notareéis en el conjunto de la naturaleza cierta especie de quietud, de recogimiento, de gravedad, de verdadero éxtasis contemplativo y de misterioso silencio que influye poderosa y melancólicamente en vuestro ánimo, que os produce una mezcla de placer y de tristeza, que os hace experimentar una honda emocion esencialmente religiosa y que os obliga por fin á reconocer con medroso presentimiento que la vida es el sueño de una sombra, que el invierno se acerca y que el año está á punto de terminar.

Las aves viajeras que tanto amenizaron las florestas cantando entusiastas y prolongados himnos á la creacion, se encuentran ya caminando hácia los países cálidos y esta falta de los aéreos cantores de las frescas enramadas, hace mas silenciosa y mas contemplativa la estancia en las huertas y jardines y en toda la campiña. Reparad bien en ese maravilloso instinto de las diferentes especies de aves, de vida independiente y nómada, y notareéis que la pródiga naturaleza con su saber infinito no solo ha emancipado y sustraído á estos alegres volátiles, á beneficio de esas emigraciones, de las crudas influencias y apuradas vicisitudes del invierno, sino que les ha facilitado de la misma manera los medios de atender á su bienestar y sustento. Porque es preciso que tengais presente que la causa principal de la ausencia de estas aves, es la falta de alimentacion que experimentan en nuestro país, puesto que constituyendo los granos y los insectos su único alimento como que éste disminuye extraordinariamente en la época del invierno, van á buscarlo á las cálidas regiones donde le encuentran en abundancia. Y así es, que tan pronto como presienten que el tiempo de las escarchas se aproxima, todas las aves viajeras que habitan una comarca parece como que se citan para señalar el dia de la partida; y juntándose despues con otras compañeras firmando numerosas bandadas, aprovechan los fuertes y favorables vientos que reinan en el equinoccio para transportarse con increíble rapidez á lejanas y hospitalarias tierras, donde ya encuentran anticipadamente preparado por la naturaleza todo lo indispensable para vivir.

En ciertos y determinados dias del mes de octubre, segun la localidad en que habeis, vereis aparecer las bandadas de grullas que van á establecerse en los valles húmedos y en las llanuras pantanosas. Si teneis ocasion, no dejéis de observar el paso de estas aves que aunque en muchas ocasiones lo suelen verificar de noche, lo cual conoceréis por cierta acompasada algarabía que se siente por los aires, suelen sin embargo pasar tambien á la caída de la tarde y entonces vuestra curiosidad puede quedar satisfecha y admirar con este motivo la grande altura á que vuelan y la admirable precision con que van formadas y alineadas para vencer con mas facilidad la resistencia del aire. Reparareis tambien que la figura que forma en su marcha la bandada, es la de un triángulo isósceles por ser precisamente la mas á propósito para bendir y cortar los aires, y como que en este caso el ave que guía marchando á la cabeza de esta correcta formacion es la que sufre y la que trabaja mas por el fuerte choque del viento, reparareis tambien que de cuando en cuando se remudan y van ocupando este puesto alternando en él mutuamente y repartiéndose de esta manera la fatiga por igual.

Mas atended que algo sucede á la bandada, algun peligro la amenaza cuando se descomponen su alineacion y se arremolina en masa; dirigid la vista hácia aquel lado en que es mayor la confusion y distinguiréis á cierta distancia una ave que por su aspecto siniestro y el efecto que ha producido su llegada en los viajeros, debe ser sin duda alguna un águila, la que con sus recelosos ro-

deos está eligiendo el individuo sobre el que ha de caer y al cual trata de arrebatar. Pero tan pronto como las aves viajeras notan el peligro, observareis que inmediatamente forman círculo y hacen frente con heróico valor al astuto enemigo imposibilitando de esta manera el logro de su sanguinario intento. Viendo el ave de rapiña aquella enérgica y decidida actitud, gira alrededor de aquella imponente rueda sin atreverse á atacarla y describiendo cada vez mayores sus ondulosos rodeos, se aleja poco á poco hasta que por fin desaparece perdiéndose allá en las regiones del Eter. Entonces y cuando ha desaparecido el peligro, el guía da la voz de marcha y cada cual recobra su puesto en perfecta alineacion prosiguiendo su interrumpido camino. Algunas veces sin embargo el águila cae de repente, bien en el momento mismo de la confusion ó ya sobre algunas de las que vienen rezagadas y con la celeridad del rayo la arrebata antes de que las compañeras lo hayan podido evitar, é hiriéndola de muerte, se la lleva á devorar á las solitarias profundidades de los barrancos.

El dia 1.º sale el sol á las cinco y cincuenta y seis minutos, toca al Meridiano á las once horas cuarenta y nueve minutos y treinta y un segundos, desaparece á las cinco y cuarenta y tres, y gira sobre el horizonte once horas y cuarenta y siete minutos. El dia 15, aparece á las seis y once, llega al Meridiano á las once horas cuarenta y cinco minutos, y cuarenta y cinco segundos, se oculta á las cinco y veinte y uno, y alumbrá á la tierra once horas y diez minutos. Finalmente, el dia 31, asoma á las seis y veinte ocho, pasa por el Meridiano á las once horas cuarenta y tres minutos y cuarenta y tres segundos, se pone á las cuatro y cincuenta y ocho, y está sobre el horizonte diez horas y treinta minutos. De modo que notareéis que el dia ha disminuido durante este mes setenta y nueve minutos, treinta y tres por las mañanas y cuarenta y seis por las tardes.

En los árboles frutales encontrareis ya maduros el melocoton sanguinolento, el sanguíneo chiquito, el cardenal, el púrpuro tardío, el melocoton como albaricoque, el admirable amarillo tardío, el real, el liso amarillo, y el pavía de pompon. Entre las almendras la franca y la de hoja de sauce. Entre las peras la verdi-longa, la matizada, la del Dean, la del Dean gris, la del Dean con escrescencias, la bergamota de otoño, la bergamota suiza, la bergamota menor, la de bezi de Montigny, la de bezi de la Motte, la manteca capiement, la de viña, la pastoral, la de señor Juan, la azucarada verde, la sarracena, la bermellon suprema, la de Launac, la manteca de rosa, la sylvange, la franca real, la celosa, la franchispana, y la bellísima de jardín. Entre las manzanas, la de hinojo amarilla, la de cuatro sabores, la de Holanda, la manzana de agua dulce, la no hay igual, la reineta del Canadá, la de dos gustos, la reineta tierna, la reineta roja, y la pichoncita grande.

El dia 23 de octubre entra el sol en el signo de Escorpio, y aun embellecerán vuestros jardines las flores de las dalias, las de las zinnias ó suizas, las de las damasquinas y clavelones, las del aster, algunos amarantos y estrañas, y principiarán á abrir sus bonitas flores los crisantemos de la China.

En este mes desembrozareis las eras y plata-bandas de vuestros jardines y arrancareis todas las plantas anuales que no den ya flores y cuyas semillas hayais recolectado con el fin de preparar inmediatamente el terreno para los cultivos del año próximo. A principios de mes cavareis y embasurareis ligeramente con estiércol bien podrido, hecho mantillo el terreno que destineis para el cultivo de las cebollas y tubérculos que han de florecer en la primavera, como son los jacintos ó breñañas, el tulipan, el narciso, el trompon, el junquillo, la vara de Jesé, las anemonas y las francesillas pomposas ó marimoñas. El terreno que elijais para plantar las cebollas y tubérculos, será muy conveniente que no haya estado ocupado el año anterior en esta clase de cultivos, con el objeto de que las flores no degeneren y las variedades se conserven en toda su pureza. La cava cuanto mas profunda será mejor, porque estando bien mullida la tierra, con tanta mas facilidad penetrarán las raicillas largas y capilares de estas plantas, y las cebollas y los bulbos, se nutrirán mejor. El estiércol estará reducido á mantillo y bien podrido, porque si le usaseis enterizo al tiempo de descomponerse, pudieran podrirse las dichas cebollas y tubérculos. Y desde luego no les rehusareis estos cuidados si teneis presente que el cultivo esmerado ha producido la numerosa variedad de formas y de vistosos colores que admirais en estas plantas de adorno y que de sencillas han pasado á ser semi-dobles y dobles.

Teniendo preparado el terreno de la manera que os hemos manifestado, lo dividireis en eras que allanareis perfectamente quitándolas todos los cantos, para distribuir en ellas cada una de las clases de cebollas y tubérculos de que conste vuestra coleccion. De esta manera pondreis por separado las cebollas de las breñañas, de los tulipanes, de los narcisos, de los trompones, de los junquillos y de las varas de Jesé; la *pata* tuberosa de la anemona y los *gajos* ó raíces de las francesillas ó marimoñas. Tambien podeis verificar la plantacion en fajas festoneando los cuadros de flores, en eras almohadilladas, ó formando especie de macizos en los centros de las praderas, para lo cual podeis hacer una vistosa combinacion con todas ellas, teniendo presentes el porte de la planta y el variado color de sus distintas flores. Cuando verificareis

la plantacion en eras ordinarias, os podeis valer para trazar los sitios en donde vayais á depositar las cebollas, de una especie de rastro de madera, cuyos dientes distarán unos de otros ocho pulgadas, unos diez y ocho centímetros, pudiéndose ser el total de su longitud de uno, ó dos metros, segun sea la capacidad del terreno y la magnitud ó estension de las eras en que vayais á verificar la plantacion. Para marcar las eras cuyo ancho podrá ser el mismo ó el doble del marcador, y el doble ó el triple de largo, no tenéis mas que tomar esta especie de rastro en su posicion natural y aproximarle á uno de los lados de la era, de modo que la toque exactamente, y haciendo penetrar un poco sus dientes en la tierra, señalaréis de alto á abajo produciendo un pequeño surco; y si la era fuese doble mayor que el marcador, volveréis á repetir esta operacion haciendo pasar el primer diente del rastro por el último surco señalado. Teniendo marcada ya la era en toda su longitud, os volveréis en sentido inverso, y principiareis á señalar por la cabeza y á lo ancho de la era, de modo que cuadricleis el terreno y le dejeis dividido en cuadrillos como los tableros de damas. Inmediatamente cogereis una espuerta pequeña y echareis en ella las cebollas para distribuir las, en todo lo que alcance la mano para no pisar dentro de la era y borrar los surcos, en los mismos puntos en donde se han cortado las líneas para formar el cuadrado. En seguida tomareis un plantador cilindrico de madera con un regaton de hierro á la punta y una especie de manija ó muletilla en la parte superior, de un pie y medio, ó unos cuarenta centímetros de largo, y cuatro pulgadas ó diez centímetros de grueso, y apoyando la mano derecha sobre la muletilla del plantador, abrires un hoyo y metereis en él la cebolla á la profundidad de tres pulgadas ó unos siete centímetros. De esta manera ireis plantando todas las eras de cebolla de flor y despues de que hayais concluido las allanareis con el mismo rastro ó marcador volviendo los dientes hácia arriba, dándole inmediatamente un abundante riego si el tiempo no diese señales de lluvia.

Si no tuviérais rastro para marcar, os podeis valer de una cuerda que estendereis á lo largo y despues á lo ancho de la era, y atando sus extremos á dos estaquillas clavadas en el terreno á las distancias que mas arriba dejamos enumeradas, ireis rayando el suelo con otra estaquilla por la misma cuerda para señalar los surcos hasta tener trazados los cuadrados como en el caso anterior. El plantador le podeis sustituir con una estaca aguzada por la punta, con un garabato que tenga un poco abierta su curvatura ó bien con una azadilla estrecha pequeña. Si las eras fuesen un cuadrado perfecto, podreis trazar á su alrededor y un poco mas rebajada, con el fin de que la era quede en alto, una pequeña plata-banda de dos pies de ancho, ó unos cincuenta y seis centímetros, y en lo alto de esta faja plantareis las anemonas, las francesillas y sembrareis entremedias algunos granos de pensamientos. De no ser así, distribuireis en eras iguales á las de las cebollas, de bratañas, tulipanes y demás, plantando al tresbolillo omateado los bulbos de las anemonas, las raíces ó gajos de las francesillas y las semillas de los pensamientos, teniendo cuidado de colocarlas á distancia de diez pulgadas, ó veinte y tres centímetros unas de otras, y de poner la yema de donde han de salir las hojas de las anemonas hácia la parte de arriba y los gajos ó raíces de las francesillas, los plantareis con las uñas hácia abajo.

En esta época concluireis de recebar los tiestos de estufa de la manera que os manifestamos en el artículo anterior y esquejareis bajo campanas de vidrio aquellas plantas que aun os falten que multiplicar por este sencillo medio. En los primeros dias del mes encerrareis en las estufas calientes todos los vegetales que de ellas sacásteis para que pasasen el verano adornando las fachadas del Mediodía de vuestras habitaciones; y si el tiempo estuviese despejado, aun podreis tener hasta últimos de octubre al aire libre las plantas de invernadero, las cuales tendreis sin regar cuatro ó seis dias antes de encerrarlas en su habitacion de invierno. En las estufas calientes podrán estar abiertas las vidrieras en los dias despejados desde las diez á las cuatro de la tarde, y los riegos los aumentareis ó disminuiréis segun la mayor ó menor temperatura de la estacion.

MELITON ATIENZA Y SIRVENT.

CONGRESO AGRICOLA GALLEGO.

I.

Vivo quedará en la memoria el recuerdo que dejó en el ánimo de cuantos asistieron á las sesiones del Congreso agrícola gallego, el aspecto solemne que presentaba aquella pacífica y respetable asamblea, el objeto que reunió allí á tantas ilustradas personas como de los cuatro ángulos de Galicia acudieron al llamamiento de la Sociedad económica de Santiago, y la altura á que se levantó la discusion, sobre todo la que versaba sobre el primer tema propuesto por dicha sociedad, tema que por el vivo interés que fatalmente entrañaba y por su trascendencia, y por lo opuesto de las opiniones, y en fin, porque en él se contiene la única, decimos mal, la

primera reforma social que hay que llevar á cabo en este pais, tenia el privilegio de atraer la atencion, hasta la de los mas indiferentes á toda clase de mudanza y adelanto, pero á quienes podia tocarse en el sagrado de sus intereses particulares. Son estos casi siempre aguijón mas poderoso para mover á los indiferentes, que los que se refieren al bien general, pues desgraciadamente desconoce la multitud, que nada se hace en pró de un pais cualquiera que no recaiga inmediatamente este en beneficio del individuo, por mas que contra esta sencillísima verdad está el refran gallego diciendo que *quen sirve ó comun, non sirve ningun* (en el caso de que se trata, el comun es Galicia toda), pero no cabe duda que ese mismo interés particular sirvió en la ocasion presente para dar vida, calor, animacion á un debate que se anunciaba frio y lento, á pesar de su grande, inmensa trascendencia.

Tiempo hacia que la Sociedad económica de Santiago anhelaba llamar á sí, indistintamente, cuanto Galicia encierra de mas notable en todas las esferas sociales, y abordar la discusion formal y solemne de cuestiones que encierran en sí males que muchos creen rémora de todo adelanto, contando su desaparicion como el principio de la libertad de la propiedad gallega y la base sobre la cual han de echarse los fundamentos de su prosperidad agrícola. No se necesitaba tanto para llamar la atencion de cuantos aman su pais y le desean dias prósperos y bonancibles: acudieron al llamamiento, constituyéndose el Congreso agrícola, y en tanto que la multitud—bien agena de que allí se trataba de sus mas sagrados intereses—rodaba alegre y bulliciosa por las calles de la antigua ciudad, animada en aquellos dias por rumor de la inmemorial fiesta del Apóstol, se discutieron grave y solemnemente los siguientes temas:

1.º «Si conviene cambiar el sistema general de constitucion de la propiedad rural gallega, esto es, si es justo, político, económico y oportuno suprimir el sistema foral. Dado caso que resulte una solucion afirmativa á favor de quién debe recaer, si del dominio útil ó del directo y bajo qué condiciones. Si negativa, determinar si en dicho sistema cabe alguna modificacion que liberte al trabajo de los gravámenes que sufre.

2.º Si la ley hipotecaria actual y las modificaciones transitorias en ella propuestas, son de tal naturaleza que consientan legalizar la propiedad territorial, y dado caso que se resuelva negativamente, si conviene representar al gobierno y á los cuerpos colegisladores, á fin de que se modifique de un modo conforme á la suma division de la propiedad gallega, y cuál sea este modo.

3.º Si es conveniente y posible hacer universal en Galicia un sistema de rotacion de cosechas, y en todo caso, si los generalmente establecidos en el pais, son los mas á propósito para que la tierra desarrolle todas las fuerzas productoras á beneficio de la industria agrícola.

4.º Si la generalidad de las tierras gallegas carecen de algun elemento favorable á la vegetacion; si es posible auxiliarlas por medio de las correcciones y abonos; si el arte de la fabricacion de estos se entiende y practica con la estension y perfectibilidad que consienten las condiciones del pais y los progresos de la ciencia; y en la negativa, qué clase de sustancias correctivas y fertilizantes serán las mas convenientes, y qué procedimientos los rendirian con mayor facilidad, economía y abundancia.

5.º Determinar si los instrumentos empleados en las operaciones de labra de la tierra, siega, y maja de las mieses y desgranamiento del maiz, y si los procedimientos usados para efectuar estas operaciones ofrecen todas las ventajas apetecibles de baratura, prontitud y perfeccion, ó si por lo contrario, es posible el reemplazar los primeros y modificar los segundos por otros mas perfectos, que estando en consonancia con el estado de la division de la propiedad y con los escasos recursos del cultivador, aumenten la produccion, disminuyan el trabajo del hombre y dejen un beneficio líquido superior al que se obtiene en el presente estado.»

Ocupó grande espacio de tiempo la primera proposicion, y á pesar de la discusion acalorada que se sostuvo, quedó pendiente y aplazada para un nuevo Congreso; llevó algun tiempo la segunda, y el escaso tiempo de que se dispuso para discutir las últimas, hizo que estas quedasen á su vez para ser discutidas en ocasion mas propicia y aquietada.

II.

¡Cosa rara y digna de llamar la atencion por la leccion que encierra!... Tuvieron lugar las sesiones del Congreso, cuya gran cuestion era la de los foros, en un convento de la orden de Benedictinos, la misma que inventó y propagó esta clase de contratos; y para que la casualidad fuese mas grande y la justicia del tiempo mas completa y severa, el salon que ocupaban los señores que componian el Congreso, era el magnífico que habia servido al convento de biblioteca, y el mismo tal vez en donde se escribieron ó se proporcionaron datos para escribir aquellas famosas esposiciones á las magestades de Carlos II y Carlos III contra la perpetuidad de los foros, y pidiendo, no la redencion como desean casi todos, sino el despojo, que favorece al dueño del dominio directo, que lo eran los conventos y grandes del reino, en tanto que hoy se pide la redencion que res-

petando ambos derechos redunda en beneficio del dominio útil, ó sea el trabajador. Pero no nos adelantemos entrando tan pronto en la cuestion: antes queremos decir algo acerca del magnífico y suntuoso monasterio de San Martín Pinario, uno de los mas bellos y mas ricos que la congregacion de Valladolid poseia, lugar en donde se celebraron las sesiones del Congreso.

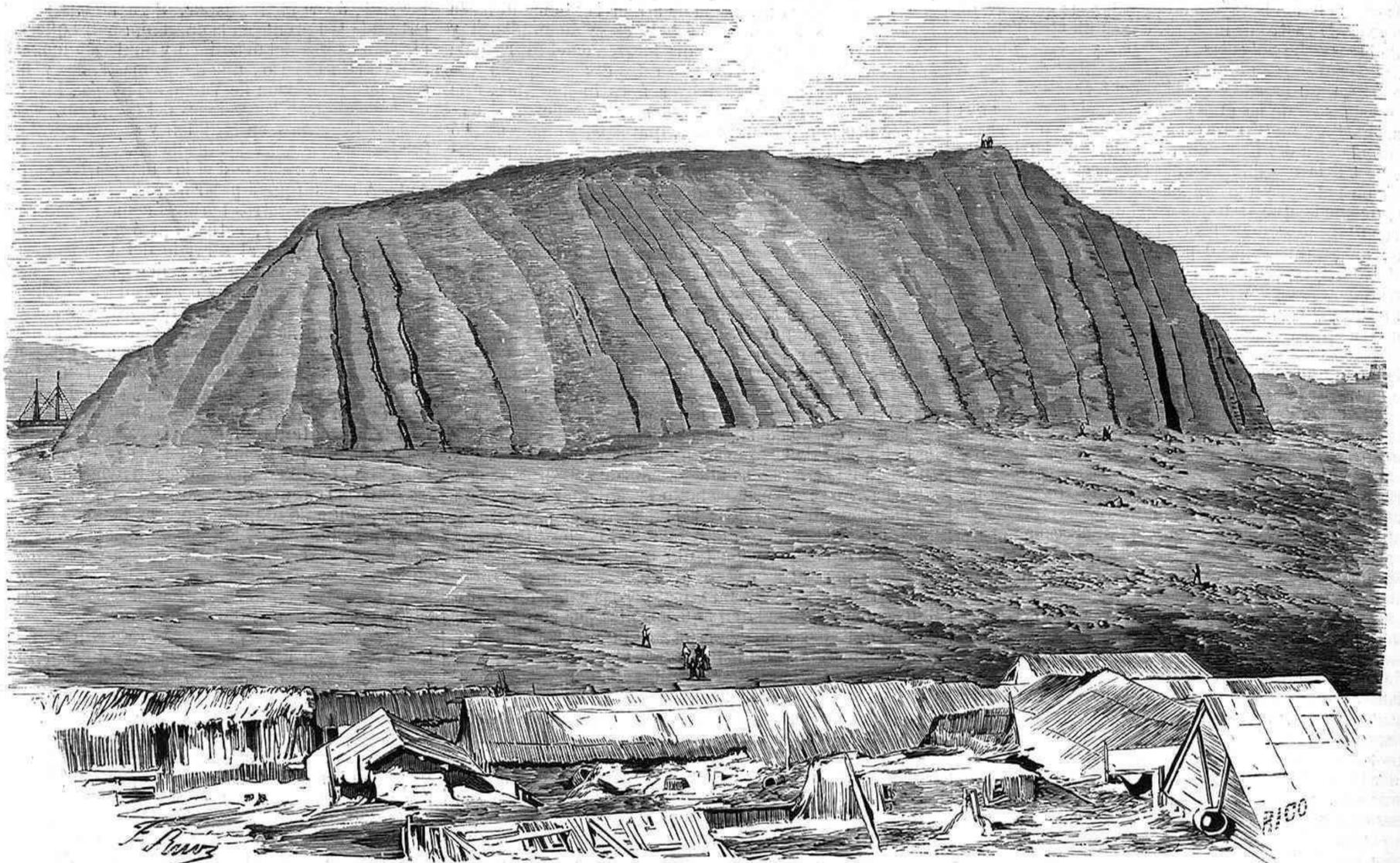
No entraremos en la difícil y oscura cuestion de su fundacion, y menos de aquella otra, al presente sin interés alguno, relativa á si los monjes de San Payo de Ante-Altas (que á pesar de lo que parece indicar el padre Yepes, nosotros tenemos como origen y principio del de San Martín), estuvieron ó no dedicados en los primitivos tiempos al servicio del templo del Apóstol, en union de sus canónigos y demás clérigos. Ruidoso fue siempre este asunto y ocasionado á disgustos, pues la catedral niega (á nuestro modo de ver sin razon), y los monjes afirman y prueban el hecho, poniendo todos en la discusion esa dureza y acritud que se nota en semejantes polémicas, y llegando al extremo que cuando el padre Yepes escribia su célebre *Crónica de la orden de San Benito* y recorria los archivos de Galicia, se le negó la entrada en el de la catedral compostelana, por temor de que se hallase en sus papeles algo que favoreciese la causa de los monjes. Tuvieron las catedrales de Galicia mucho que sufrir con semejantes cuestiones,—que no eran en aquellos tiempos de intrusiones y preeminencias, tan insignificantes como hoy dia—y en especial los cabildos de Orense y Santiago, pues en sus coros se sentaban al igual de los canónigos y como dignidades mitradas, el abad de San Martín Pinario en Santiago, y el de Celanova en Orense.

Creció en riquezas el convento de San Martín como todos los de su orden en Galicia, y compartió la fama de su esplendidez con los demás de su religion y los de la reforma del Cister, siendo celebrado dentro y fuera de este antiguo reino, al par del de los de Osera, Samos, Celanova, Hoya y Sobrado, cuyas soberbias fábricas atestiguan hoy su pasada grandeza, dando una idea de lo que pudieron ser en otros tiempos sus fabulosas rentas. Bien se echa de ver en la inmensa mole que se levanta en medio de la ciudad compostelana compitiendo con la gran basílica, la riqueza que poseia y el buen gusto de sus monjes en lo tocante á arquitectura, pues este suntuoso monasterio, es en todas sus partes un ejemplo vivo del que los Benedictinos tuvieron siempre por las bellas artes.

Su fábrica es de las mas soberbias y compite, como hemos dicho, con la catedral, pero es moderna. El padre Yepes, que cuando visitó esta casa, vió empezadas las nuevas obras, asegura que la iglesia levantada por el abad Ataulfo en 1500, «es la antigua que ahora vemos en San Martín de Santiago,» pero la que hoy existe es de últimos del siglo XVI. El catálogo de abades de este monasterio, que corre manuscrito entre algunos curiosos, nos conserva la singular noticia, de que, durante el gobierno del abad fray Antonio Coomontes y en el año de 1590, se dió principio á la construccion de la nueva iglesia, por el arquitecto Mateo Lopez, «de nacion portuguesa, que vivió aun trece años,» añade el autor de dicho catálogo, y por cierto que debemos estarle agradecidos por tal noticia los que amamos de corazon las bellas artes y su historia, pues se salva así del olvido el nombre de un artista digno por mas de un concepto de que se le recuerde con agrado.

La iglesia es suntuosa y se nota en toda ella cierto aire de grandeza, que en vano se busca en la mayor parte de los monumentos de Galicia, cuyos arquitectos parece que se empeñaron en hacerlo todo pesado, falto de ambiente, raquíto y sombrío. La fachada es notable y pertenece al renacimiento, siendo la única de esta clase que se conserva en las iglesias de Santiago y llevando gran ventaja por su sencillez (hablamos dentro de su género) y elegancia á la celebrada de Santa María de Pontevedra, que pertenece asimismo al renacimiento. El desnivel del terreno le perjudica bastante, pues cae en lo hondo la puerta de la iglesia y viene al nivel de ella el primer cuerpo de la fachada. Consta esta de tres cuerpos flanqueados por grupos de columnas, de lo mas florido del renacimiento, si se nos permite esta frase, y entre ellas los nichos con varias imágenes, concluyendo con una especie de templete, en el cual se encierra la imagen del santo tutelar del convento. La puerta es moderna y aunque de la buena arquitectura greco-romana, disuena bastante, pues el resto de la fachada pedia que se le conservase la primitiva forma, y ostentase el gracioso y redondo arco que reclama el género. Gambino, uno de los escultores de que puede enorgullecerse Santiago, habia trabajado dos preciosos ángeles (1) que sostenian la corona real del pórtico; pero la incuria permitió que desapareciesen dichos ángeles, sin que se sepa á dónde fué á parar lo que los amantes de las bellas artes llamaremos *hurto plausible*, una vez que en otros tiempos se denominaba *hurto piadoso*, al de las reliquias. La iglesia sufrió á mediados del siglo pasado varias reformas, que no le robaron nada de su grandiosidad y hermosura. El altar mayor es churrigueresco, pero no por eso deja de ser notable, y los púlpitos de

(1) Muchos los atribuyen á Ferreiro, su yerno y discípulo, pues como éste siguió la escuela de Gambino, es fácil confundir las obras de ambos artistas, quienes por otra parte parecen tenían un mismo modo de ver y sentir la belleza artistica.



ISLAS DE CHINCHA.—GRAN MONTON DE GUANO EN LA ISLA DEL NORTE.

mármol como asimismo la escalinata, construidos en el año 1737, durante el gobierno del abad fray Ruperto Taboada, son de perfecta traza y armonizan con el conjunto del templo. Los altares colaterales, excepto la capilla del Socorro y los del crucero, estos últimos de un deplorable mal gusto churrigueresco, son greco-romanos y se ven llenos de notables obras de escultura, debidas en su mayor parte lo mismo que las dos estatuas de piedra de la entrada, al ilustre Ferreyra (2). San

(2) Las atribuyen tambien á Silveira, siguiendo en esto á Cean Bermudez. Malas noticias comunicaron á este autor acerca de los escultores que florecieron en Santiago, pues incurre, al tratar de

Martin puede gloriarse de haber sido el amparo de este desgraciado escultor, que como si quisiese pagar de

ellos, en graves errores. De Ferreyra no hace mencion alguna, pero al hablar de Silveira, amigo y condiscipulo del célebre Castro, dice que «son de su mano las estatuas de los santos que se hallan en los colaterales del monasterio de San Martin de Santiago. Cean se olvidaba sin duda, de que al hablar del escultor Romay le habia señalado como autor de dichas imágenes, sin que podamos explicarnos el descuido que padeció tan diligente escritor, publicando dos biografías iguales en un todo y casi con las mismas palabras, y dando á dos autores distintos unas mismas obras, como sucede con Romay y Silveira. Las imágenes del altar mayor de Santa María del Camino, las atribuye á Gambino, Silveira y Romay, este último mas antiguo (aunque no mucho) que los anteriores. No sabemos que se conserven

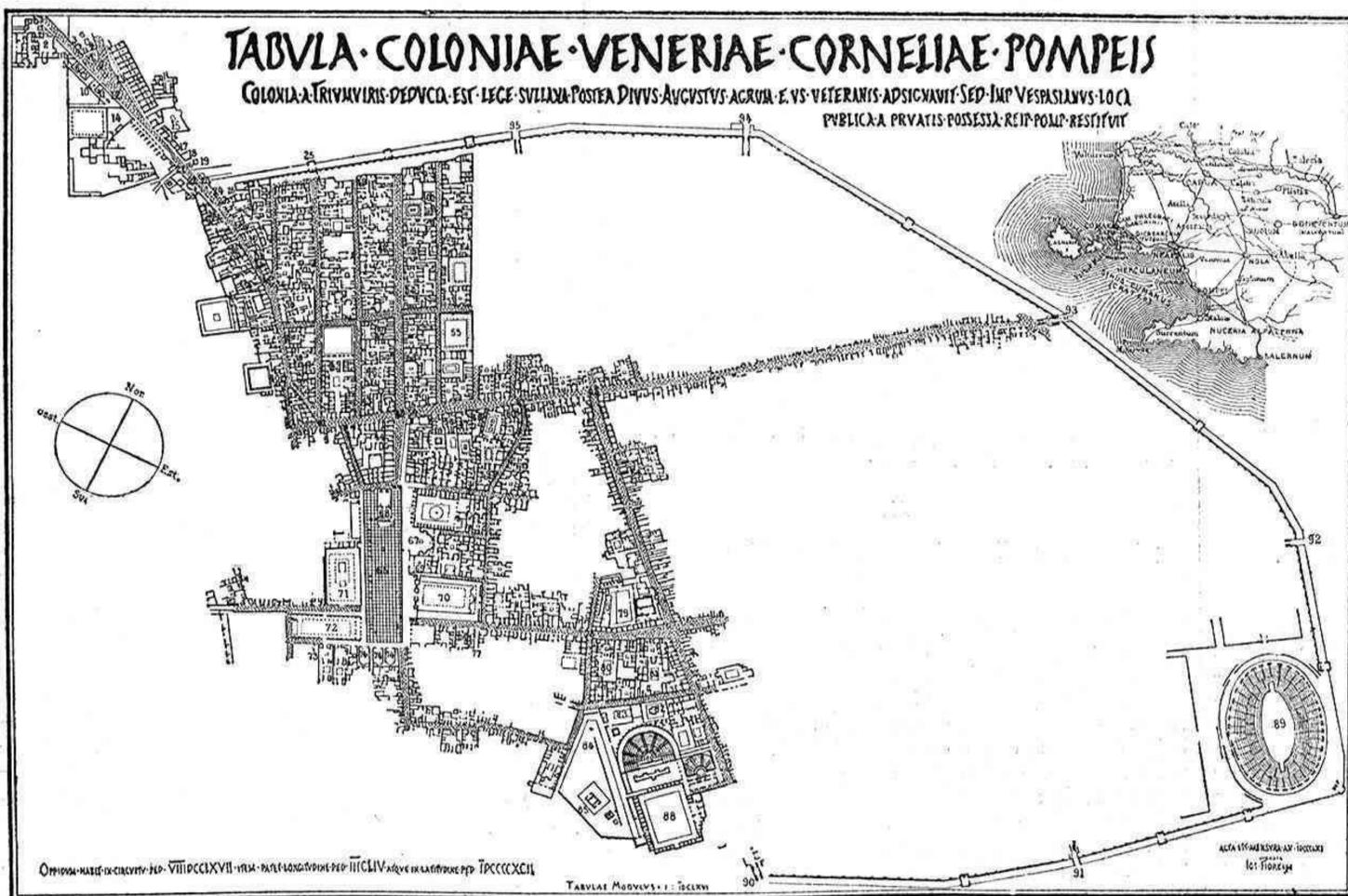
esta manera á los monjes sus protectores, dejó en el altar de Santa Escolástica la mas bella y mas concluida de sus obras.

Aun se ve, si bien en un deplorable estado, el arco que sostiene el coro y el friso de la balaustrada, trabajados como se ve en casi todas las obras de esta clase pertenecientes al gusto del renacimiento. La sacristía que se

verdaderas y exactas noticias acerca de las obras de cada uno de estos artistas y solo por el estilo se puede presumir quién sea el autor de ellas. Nosotros nos guiamos por este dato, el mas seguro cuando faltan noticias fidedignas y la tradicion se halla conforme con nuestros juicios.

ESPLICACION DEL PLANO.

- 1 Calle de los Sepulcros.—2 Casa de Diomedes.—3 Sepulcros de la familia Arria.—4 Tumba de Ceio Labeon.—5 Triclinio funebre.—6 Sepulcro de Nevoleya Tyche.—7 Sepulcro de Calvenico.—8 Sepulcro de Lucio Libelo.—9 Sepulcro en la Puerta de Mármol.—10 Sepulcro redondo.—11 Sepulcro de Umbriaco Escauro.—12 Sepulcro sin concluir.—13 Posada campestre.—14 Quinta de Ciceron (?).—15 Casa de las columnas de mosaico.—16 Silla pública.—17 Sepulcro de las guirnaldas.—18 Tienda de escutor.—19 Sepulcro de Terencio.—20 Sepulcro sin concluir.—21 Id. de Mamia.—22 Id. incierto.—23 Garita (?).—24 Puerta de Herculano.—25 Murallas y torre de la ciudad.—26 Escalera para subir á las murallas.—27 Termópolis.—28 Posada de Albino.—29 Casa de las Vestales.—30 Casa del cirujano.—31 Aduana.—32 Casa de tres pisos.—33 Tienda de jabon.—34 Casa de las bailarinas.—35 Fuente.—36 Horno público.—37 Casa de Salustio.—38 Tahona.—39 Academia de música.—40 Casa de Polibio.—41 Casa de baños.—42 Casa de Pansa.—43 Casa del poeta trágico.—44 Baños públicos.—45 Calle de Mercurio.—46 Futtonica.—47 Fuentes de mosaico.—48 Casa de Adonis.—49 Id. de Apolo.—50 Id. de Maleagro.—51 Id. del Centauro.—52 Id. de Castor y Polux.—53 Id. del Ancora.—54 Templo y calle de la Fortuna.—55 Casa del Fauno.—56 Id. de la pared negra.—57 Id. de los chapiteles con figuras.—58 Id. del gran duque.—59 Id. de Ariana.—60 Id. de la caza.—61 Calle tortuosa.—62 Escavaciones hechas en presencia de los doctos.—63 Calle de Stabias.—64 Casa de Lucrecio.—65 Foro civil.—66 Panteon ó templo de Augusto.—67 Sala del Senado.—68 Templo de Júpiter.—69 Templo de Mercurio (?).—70 Edificio de Eumaquia.—71 Templo de Venus.—72 Basilica.—73 Casa de Championnet.—74 Curias ó sala del consejo.—75 Calle de la Abundancia.—76 Casa del Jabali.—77 Callejuela de los Doce Dioses.—78 Calle de los Teatros.—79 Termas stabianas.—80 Nuevas escavaciones.—81 Casa de Cornelio Rufo.—82 Templo de Isis.—83 Curia Istacica (?).—84 Foro triangular.—85 Templo de Hércules (?).—86 Teatro principal.—87 Pequeño teatro, Odeon.—88 Barrio de los soldados y de los gladiadores.—89 Anfiteatro.—90 Puerta de Stabias.—91 Puerta de Nocera.—92 Puerta del Sarno.—93 Puerta de Nola.—94 Puerta de Cápuia.—95 Puerta del Vesubio.



ESTE PLANO ES UNA REDUCCION DEL QUE HIZO EL SEÑOR FIORELLI EN 1861, COMPUESTO DE 42 MAPAS.

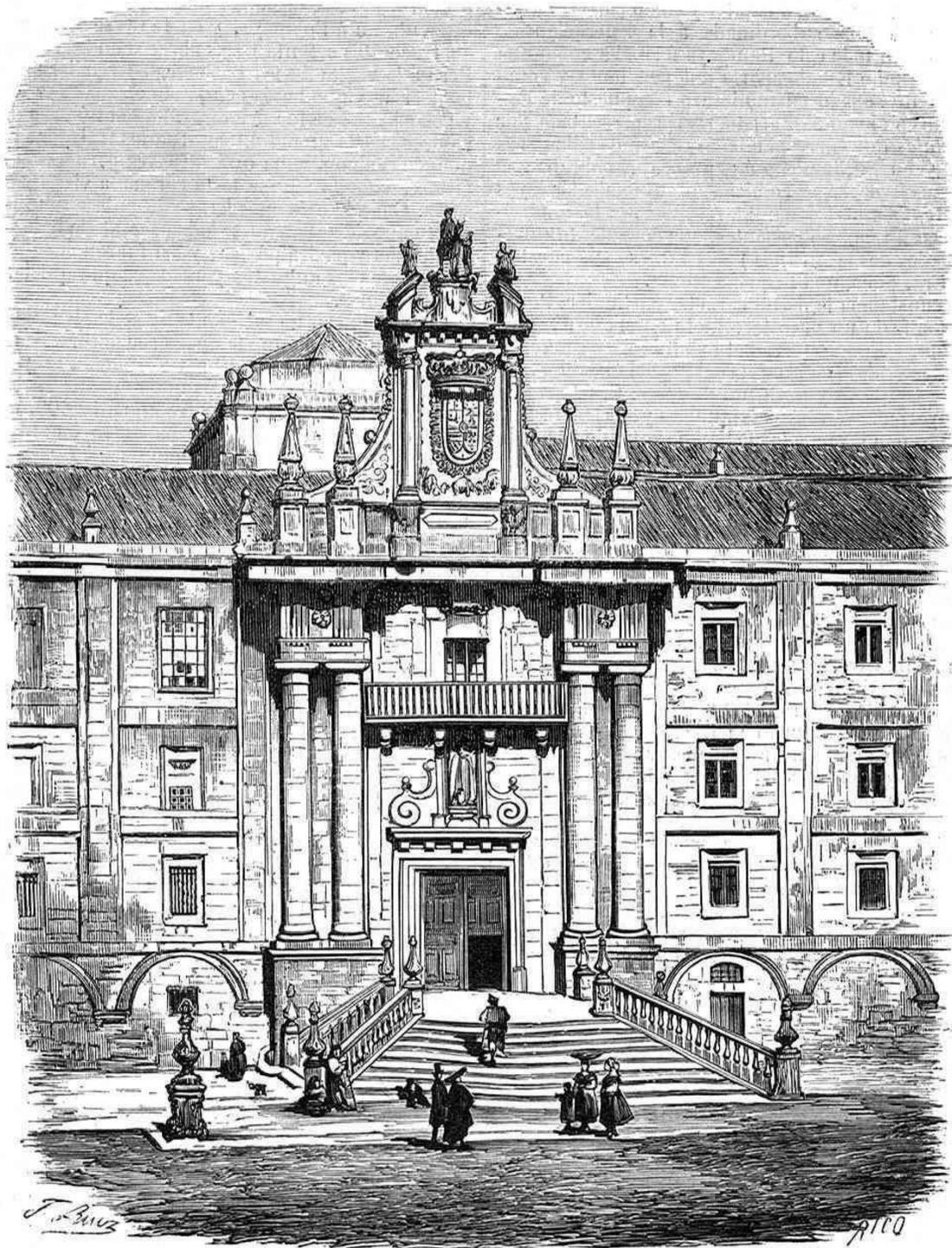
empezó en 1693, es de las mas bellas, pues forma una cruz griega, con su cúpula y linterna, sostenida por ocho pilastras dóricas, estriadas. Las estatuas del cornisamento y los evangelistas de las pechinas son de Ferreiro, pero no por eso del mérito que suelen las obras de este artista. Contiene bastantes cuadros, pero la mayor parte á tan mala luz que no pueden gozarse cumplidamente, y por lo mismo no queremos calificarlos, pues correria riesgo de equivocarse el que lo hiciera. Tal es la iglesia del monasterio de San Martin Pinario, iglesia que gozó gran fama, empezando el mismo Yepes á dársela, cuando hablando de ella, asegura que «es uno de los mejores y de mas buena arquitectura que habrá en nuestro órden. Yo ví—añade—algunas capillas hechas y acabadas y parte del crucero y portada, y me admiré de ver fábrica de tanta magestad y grandeza, que puede ser comparada con los mejores edificios de España.»

El monasterio es inmenso y ocupa un área considerable, dando desde luego su fachada una idea de su grandiosidad y estension. La componen tres cuerpos, dos de ellos salientes, y cuyos muros y medias ventanas desnudos de todo adorno, dan el mas sencillo á la par que severo aspecto á este edificio. Forman la portada cuatro columnas dóricas, á las cuales coronan cuatro obeliscos que se levantan como adorno sobre la cornisa, y su medio en ático, flanqueado por dos columnas, en donde se ve el escudo de armas de España, y por remate varias figuras entre las que sobresale la imagen del santo tutelar. La escalinata que no presenta nada de notable, fue construida en 1772 por el monge lego fray Plácido Caamiña. Ignoramos quién ha dado la traza del patio principal, concluido segun inscripcion en 1673, pues es uno de los mas bellos y suntuosos que cuenta la ciudad, á pesar de haberlos, como el de la catedral, los dos primeros del hospital y el del colegio mayor de Fonseca, que llaman y con razon la atencion de los inteligentes.

Contó este monasterio con muchos y celebrados hijos y conventuales, contándose entre otros fray Gregorio Parceró, natural de Tuy, su abad en 1624, general de la órden en el siguiente año, obispo de Perpiñan y Gerona, de quien hacen especial mencion por sus grandes dotes, los episcopologios de esta última iglesia, y fray Diego de Araujo, asimismo natural de Tuy, abad de esta casa en 1649 y maestro general de su religion, insigne en virtudes y letras como dice el *Catálogo*. No falta quien asegura, que fue su último abad comendatario el célebre fray Diego de Muros, obispo de Oviedo. Ultimamente (pues murió á principios de este siglo), floreció en este monasterio el insigne varon fray Millan Gutierrez, excelente predicador de quien nadie hace memoria, pero que merecia ser mas conocido. Su sermón, predicado en edad muy avanzada y en las exequias del no menos ilustre canónigo Sanchez, seria, si se conociese mas, uno de los mas bellos que ha producido la oratoria sagrada en el pasado siglo.

(Se continuará.)

M. MURGUÍA.



FACHADA PRINCIPAL DE SAN MARTIN PINARIO.—SANTIAGO DE GALICIA.

POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.

I.

Vamos á hacer un pequeño viaje, no al través del espacio, sino al través del tiempo, y á examinar lo que queda de Pompeya y de los pompeyanos al cabo de 1800 años. Nuestros lectores nos agradecerán, así lo creemos, el extracto que vamos á dar de las relaciones que los mas

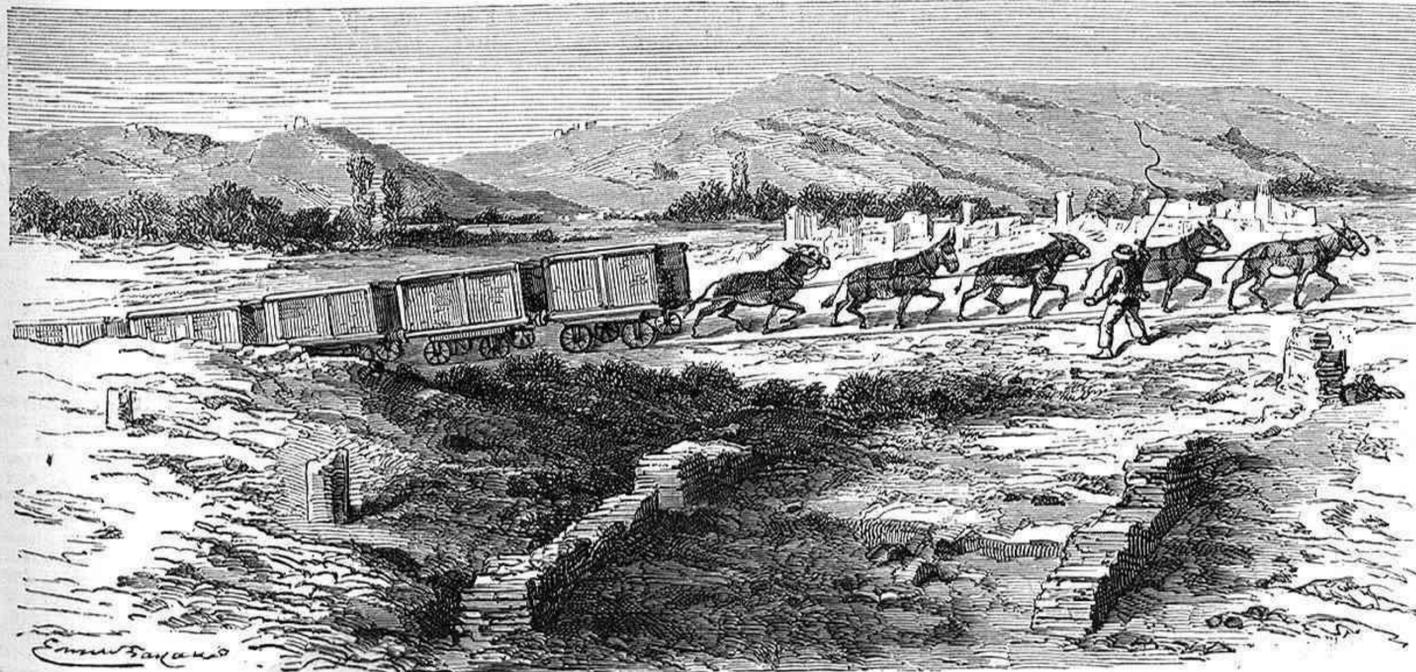
modernos y mas instruidos viajeros nos han comunicado sobre este punto.

Un camino de hierro se estiende ahora desde Nápoles hasta Pompeya. El trayecto dura sesenta minutos, atravesando un país notabilísimo desde donde se disfruta de la vista del Vesubio y de la marina con el sitio real de Castellamare. No eran menos pintorescos los alrededores cuando Pompeya fue destruida. La isla de Prochita, las ciudades de Baja, Bauli, Neapolis y Surrentum llevaban poco mas ó menos los mismos nombres que ahora;

Portici se llamaba Herculano; Torre Anunziata se llamaba Oplonte; Castellamare, Stabies; Misene y Minerva designaban los dos extremos del golfo. Sin embargo, el Vesubio no era entonces lo que es hoy; fértil y lleno de vegetacion hasta su cima, cubierto de huertas y de viñedos, debia parecerse á las pintorescas alturas del monte de Sant' Angelo, hácia el cual se dirige el ferro-carril. Solo la cima, perforada por cavernas y llena de piedras negras, denunciaba á los hombres científicos un volcan estinguído «desde hacia mucho tiempo.» Este volcan

debía encenderse de nuevo en una erupcion terrible; y desde entonces constantemente arroja humo y llamas, amenazando á las poblaciones nuevas que arrojando el peligro se han estendido á sus pies.

Pompeya fue una ciudad de 30,000 almas, situada en el fondo de un valle pintoresco entre montañas que cerraban por un lado el horizonte á pocos pasos del mar y de un arroyo que entonces era rio. Hallábase poblada principalmente de comerciantes, gente pacífica, acomodada, prudente y probablemente honrada. Pompeya era el depósito del comercio de Nola, de Nocera y de Atella, y su puerto podia recibir una escuadra, pues que recibió la de P. Cornelio. Este puerto citado por algunos autores ha hecho pensar que la mar tocaba en aquella época en los muros de Pompeya; y hasta algunos guías han creído descubrir los anillos á donde se ataban los buques y las galeras. Pero desgraciadamente donde la imaginacion de nuestros contemporáneos veia una vasta estension de agua salada, se descubrieron un dia vestigios de antiguos edificios, y hoy se sabe positivamente que Pompeya como otras muchas poblaciones de la costa, tenia su puerto á cierta distancia.



POMPEYA.—WAGONES VACÍOS QUE SUBEN POR EL CAMINO DE HIERRO.

Los habitantes de Pompeya eran ciudadanos romanos y reconocían á Roma como capital y como patria. La legislación local estaba subordinada á la legislación de Roma; pero con todo esto Pompeya formaba como una especie de pequeño Estado aparte independiente y completo. Tenía un senado en miniatura compuesto de decuriones, un compendio de aristocracia representada por sus *Augustales* que correspondía á la clase de caballeros romanos; y en fin, la plebe ó el pueblo. Nombra sus sacerdotes, convocaba los comicios, promulgaba las leyes locales, arreglaba las levas militares, percibía los impuestos, elegía en fin, sus gobernantes, sus cónsules (dumviro encargados de la justicia) sus ediles, sus cuestores etc... Era, pues, una pequeña Roma.

Otra circunstancia le da un carácter particular. Pompeya había sufrido un gran terremoto en el año 63 antes de Jesucristo. En aquel terremoto se hundieron muchos templos, además de la columnata del Foro, la Basílica, los teatros, los sepulcros y multitud de casas. Casi todas las familias huyeron llevándose sus muebles y sus mármoles, y el senado romano, vaciló largo tiempo antes de permitir que se reedificara la ciudad, y se poblase de nuevo aquel desierto. Al fin, los pompeyanos volvieron á habitarla, pero los decuriones quisieron que la restauración fuese completa. Las columnas del Foro se levantaron inmediatamente con chapiteles á la moda de la época; el orden corintio romano, adoptado casi en todas partes, cambió el estilo de los monumentos, los viejos fustes cubiertos de estuco, recibieron la nueva forma que se les quiso imponer; las inscripciones oscuras desaparecieron.

De aquí resultaron graves faltas bajo el punto de vista del arte, pero también cierta consonancia que regocija á los que gustan de monumentos y de ciudades uniformes. En estos casos el gusto pierde, pero la armonía gana; y hoy el viajero que recorre las ruinas de Pompeya, observa un gran conjunto de edificios que dan una idea clara y distinta de lo que debía ser un municipio en tiempo de Vespasiano.

Comenzóse, pues, la reedificación de la ciudad y se llevaba adelante con actividad suma, gracias á los donativos de los pompeyanos, y especialmente de los empleados públicos; los templos de Júpiter y de Vénus, los de Isis y de la Fortuna, estaban ya acabados; los teatros se levantaban de sus ruinas; las lindas columnas del Foro se alineaban bajo los pórticos; las casas repobladas se adornaban de hermosas pinturas; la vida circulaba; la multitud se agrupaba al anfiteatro cuando estalló de repente la terrible erupción del año 79 de nuestra era; erupción que sepultó á Pompeya bajo una granizada de piedras y un diluvio de cenizas. Esta formidable resurrección del volcán destruyó tres ciudades y muchas aldeas, y des pobló el país en un momento.

Después de la catástrofe, volvieron sin embargo los habitantes que habían podido salvarse; practicaron las primeras excavaciones para desenterrar sus objetos preciosos; multitud de ladrones se presentaron también (nuestros sabios les han sorprendido como infraganti) en la ciudad subterránea. Se sabe que el emperador Tito tuvo por un momento la idea de descombrarla y reedificarla, y con este objeto envió allá dos senadores encargados de hacer los primeros estudios. Mas parece que el trabajo que había que practicar, asustó á estos dignatarios, y la restauración quedó en proyecto. Roma tuvo en breve cuidados mas grandes que el de reedificar una pequeña ciudad arruinada, que desapareció poco á poco bajo las viñas, huertos, jardines y bajo un bosque espeso (nótese esta última circunstancia); en fin, los siglos se acumularon y con ellos el olvido que todo lo cubre. Pompeya quedó perdida: los pocos hombres científicos que la conocían de nombre no sabían dónde estaba; y cuando á fines del siglo XVI el arquitecto Fontana construyó el canal subterráneo para llevar las aguas del Sarno á Torre Anunziata, el conducto atravesó á Pompeya de un extremo á otro, perforando las paredes, siguiendo antiguas calles, encontrando edificios ó inscripciones, pero sin que nadie sospechase que había allí una ciudad sepultada. Sin embargo, el anfiteatro, que cubierto de una espesa corteza de tierra formaba un foso regular, denunciaba con su aspecto una construcción antigua, y los aldeanos, mejor informados que los doctos, designaban con un nombre semi-latino, la *Civita*, conservado por tradiciones confusas, los terrenos que se habían acumulado sobre Pompeya.

Solo en tiempo de Carlos III, en 1748, cuando el reciente descubrimiento de Herculano atrajo la atención del mundo hacia las antigüedades que contenía, fue cuando algunos trabajadores en las viñas, habiendo dado con sus azadones en antiguas casas y desenterrado varias estatuas, dieron ocasión á que el coronel de ingenieros don Roque Alcubiere pidiese al rey el permiso de hacer algunas excavaciones en aquel sitio. El rey se lo concedió dándole doce presidiarios para los trabajos; pero todavía pasaron ocho años antes que pudiera sospecharse que se iba á desenterrar á Pompeya; los doctos creían que el descubrimiento era de Stabies.

No nos detendremos en la historia de las excavaciones, mal dirigidas, con frecuencia abandonadas y emprendidas de nuevo por el mismo capricho que había impulsado á abandonarlas.

El emperador José II las visitó en 6 de abril de 1796 y se quejó al rey Fernando del poco celo y el escaso dinero que se empleaba en ellas. El rey prometió en-

mendarse, pero no cumplió su palabra. Durante la ocupación francesa, el gobierno compró todos los terrenos que cubrían á Pompeya, y en 1813 se ocuparon hasta cuatrocientos setenta y seis obreros en las excavaciones. Pero á la vuelta de los Borbones se vendieron de nuevo los terrenos que había comprado el gobierno de Murat, y poco á poco se fue disminuyendo el número de trabajadores, hasta que al fin cesaron los trabajos, no continuándose sino alguna que otra vez para preparar sorpresas, cuando alguna testa coronada visitaba aquellos sitios. Cuando esto sucedía, se descubría siempre algun objeto que de antemano se había sepultado bajo una capa de cenizas y piedra pómez, y así fueron engañados uno á uno todos los augustos personajes que quisieron visitar las ruinas.

Pero hay mas, no solamente no se hacían nuevos descubrimientos, sino que tampoco se conservaban los monumentos descubiertos. El rey Fernando, creyendo mal empleados los 100,000 reales que se dedicaban á las excavaciones todos los años, los redujo á 40,000, una gran parte de los cuales se quedaba entre las manos por donde tenía que pasar. Así Pompeya iba cayendo poco á poco no ofreciendo mas que ruinas de ruinas.

El gobierno italiano, establecido por la revolución de 1860, nombró inspector de las excavaciones al señor Fiorelli, que reúne á una gran inteligencia una maravillosa actividad y una vastísima erudición. Bajo su administración se han empleado en los trabajos de excavación setecientos obreros á la vez, los cuales han desenterrado en tres años mas tesoros que se habían desenterrado en los treinta años precedentes. Todo se ha reformado y moralizado en la ciudad muerta. El visitante da dos pesetas á la puerta y no tiene que pagar ya á los guías, porteros, pilluelos y mendigos que en otro tiempo le desbalijaban. Un pequeño museo establecido hace poco, proporciona á los curiosos la ocasión de examinar en el mismo sitio las preciosidades descubiertas, y una biblioteca que contiene ya hermosos libros, de varios autores que han escrito sobre Pompeya, permite á los estudiosos consultarlos en Pompeya misma. Se han abierto talleres en que se trabaja continuamente para la restauración de las paredes cuarteadas, de los mármoles y de los bronceos. Allí puede verse al artista Bramante, al mas ingenioso restaurador de antigüedades y á Padi-gliione que con admirable paciencia y fidelidad minuciosa construye un pequeño modelo de corcho de las ruinas ya descombradas. En fin, ya no se trabaja en las excavaciones solo de cuando en cuando y delante de algun gran personaje, sino que se trabaja delante de todo el mundo y todos los dias, á menos que no llegue á faltar el dinero.

Tres sistemas se han empleado para las excavaciones. El primero, inaugurado en tiempo de Carlos III, era el mas sencillo; consistía en cavar la tierra, sacar los objetos preciosos y volver á colmar los hoyos que se hicieran; excelente medio de formar un museo destruyendo á Pompeya. Este sistema se abandonó cuando se advirtió que lo que yacía debajo de tierra era nada menos que una ciudad. El segundo sistema, perfeccionado poco á poco en el último siglo, fue continuado por el gobierno de Murat. Se abrieron trabajos en muchos puntos á la vez, y los obreros marchando los unos hacia los otros, perforando y cortando la colina, seguían las calles descombrándolas paso á paso ante sí. Mas al seguir las calles al nivel del suelo, se atacaba por su base el monte de cenizas y piedra pómez que las obstruía y resultaban hundimientos muy sensibles. De esta manera, toda la parte superior de las casas, comenzando por los techos, se hundía entre los escombros, sin contar mil objetos frágiles que se rompían ó se perdían sin que pudiera determinarse el paraje de donde habían caído. Para evitar este inconveniente, el señor Fiorelli acaba de inaugurar un tercer sistema. No sigue las calles rasando el suelo, sino que las marca por cima de la colina y traza de este modo entre los árboles de las tierras cultivadas, vastos cuadrados que indican las manzanas de casas subterráneas. Trazada una manzana, el señor Fiorelli, compra de nuevo el terreno que vendió el rey Fernando I, y cede los árboles que en él encuentra por un precio que contribuye á formar la biblioteca de que antes hemos hablado. Hecho esto, se empieza á cavar la tierra por el vértice de la colina y se la trasporta á un camino de hierro que desde el centro de Pompeya por una pendiente que ahorra los gastos de máquina y de carbon, descende hasta mucho mas allá del anfiteatro y de la ciudad. Así se resuelve la cuestión mas grave, la del sitio donde han de echarse los escombros. Con ellos se forma el camino de hierro, que tal vez algun dia les arrojará al mar.

Nada mas animado que los trabajos de excavación. Los hombres mueven á tierra con sus azadones, y multitud de muchachas acuden sin interrupción con su cesto en la cabeza para llevarse los escombros al camino de hierro. Estas muchachas generalmente son ó aldeanas de los pueblos inmediatos ó obreras de las fábricas cerradas á consecuencia del alza de los algodones y de la invasión de los tejidos ingleses. Nadie hubiera sospechado hace algun tiempo que el libre-cambio y la guerra de América hubiesen dado obreros á Pompeya. Pero todo está hoy relacionado en este vasto mundo. Acuden, pues, llenan sus cestas de tierra, de cenizas y de piedra pómez, las cargan sobre la cabeza con la ayuda de

los hombres, y se dirigen por grupos hacia el ferrocarril, cruzándose con las compañeras que vuelven de vacío. Con sus vestidos agujereados y de vivos colores, caminan á grandes pasos, dibujándose bien al través de sus largas faldas los movimientos de las piernas desnudas, mientras sus brazos, en actitud de caneforas, sostienen sobre la cabeza la pesada carga. Todo esto está de acuerdo con los monumentos que aparecen poco á poco bajo tierra; y si los visitantes extranjeros no turbaran de cuando en cuando esta armonía, podría uno preguntar en medio de aquel paisaje virgiliano, festoneado de vides, en frente del Vesubio humeante, y bajo aquel cielo sereno, si todas aquellas jóvenes laboriosas que van y vienen, son las esclavas de Pansa, el edil, ó del dumviro Holconio.

M. .M

PENSAMIENTOS SOBRE UN PENSAMIENTO.

Cuando veo en tu cabeza colocado un pensamiento, exclamo ¡si como éste viera yo los que están dentro! Y á fe que me engaño mucho al esponer este aserto, porque también el de fuera es para mí otro misterio. El no nació en tu cabeza, que los tuyos son mas bellos, luego si allí no nació es claro que te lo has puesto. Pero ¿de dónde ha venido? Es silencioso en extremo y no dice una palabra por mas que le interroguemos. Tal vez por lo mismo tú, confiada en su secreto, lo consultas, te responde, lo halagas entre tus dedos, lo llevas hasta la boca, donde escucha tus secretos, y para que sentir pueda de tu corazón los ecos, en brazos de un alfiler lo aprisionas á tu pecho. Despues lo dejas en agua en donde apaga su fuego, y cuando su tez levanta de grata fragancia lleno, vuelve otra vez á esconderse entre tus lindos cabellos. Y así su vida se agota siendo vistoso correo, desde tu pecho á tu frente desde tu frente á tu pecho. Y cuando marchito lanza su dulce aroma postrero, abres cuidadosamente sus ya moribundos pétalos y son las hojas de un libro sepulcro del pensamiento. *Viviera allí eternamente si el libro aquel fuera eterno...* y dime: ¿qué significa flor que vive tanto tiempo? Por eso te dije antes, y de ello no me arrepiento, que si jamás tus ideas penetrar, ni saber puedo, los pensamientos que llevas y que yo miro y contemplo, aun tan á la vista, encierran grandes, profundos misterios. Pero si solo por gusto, Conchita, los llevas puestos, si son un sencillo adorno tan elegante cual bello, acoge este pobre mio tan franco como modesto; y si á marchitarse llega, que será muy pronto, espero, entre las hojas de un álbum halle el descanso postrero. Pero si aun lo aprecias mas porque al fin el pobre es bueno, guarda el pensamiento mio, Conchita, en tu pensamiento.

JOSÉ C. BRUNA.

CANTARES.

Toma esta flor que en el campo he cogido para tí; es su nombre.—«No me olvides».— ¡No te olvides tú de mí!

Se llevaron el Lozoya
de su alegre serranía,
y se acabó á las serranas
el espejo que tenían.

Si el recuerdo hace sufrir,
no me importa el sufrimiento;
que hay padeceres que dan
en vez de dolor, consuelo.

Me metí en el Campo Santo
y me acerqué hasta su fosa,
y sobre la piedra puse
un manojito de rosas.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

El profesor Laudet, de Ruan, asegura que el abuso de las bebidas espirituosas produce con frecuencia ictericia, caracterizada por el color amarillo de la piel, pulso lento, gran postracion del sistema nervioso, vértigos, desfallecimiento, malas digestiones, molestia en el estómago é hipocondría y al mismo tiempo una gran dilatacion del hígado. La ictericia se presenta tambien en los que se embriagan á menudo, cuando alguna vez heben con grande exceso; en este caso se debe á la absorcion directa de las bebidas espirituosas por el hígado. En general la muerte de todos los borrachos es el resultado de una hemorragia interna.

El doctor Buisson refiere un suceso acaecido hace poco y que es digno de notarse por ser un verdadero fenómeno. Habiendo sido llamado para hacer la operacion de las cataratas á un joven que estaba demente y con accesos de frenesí, el paciente recobró al mismo tiempo la vista y la razon. «¡Veo!» exclamó ape as hubo acabado el doctor y esta fue la primera palabra que pronunció con conocimiento de lo que decía, despues de tres años, en los cuales no habia dicho nada razonable. El paciente tenia quince años de edad.

Hace poco se ha sostenido una controversia tan agitada como interesante entre los hombres científicos de algunos países, acerca de las ventajas de tomar arsénico, ó mejor dicho, acerca de si puede ó no tomarse, como aseguran algunos autores. Esta cuestion se suscitó por primera vez, hace unos veinte y cinco años, en un artículo publicado por un periódico inglés, en el que se decía, que los labradores de la Alta Estiria, tenían la costumbre de usar del arsénico como condimento para dar mejor gusto á sus alimentos, con el queso, etc., y que lejos de producirles daño alguno, se encontraban con buena salud y aumentaba su apetito y su animacion, haciéndolos engruesar; se decía tambien que las muchachas labradoras le empleaban igualmente para producir los efectos de un cosmético, es decir, hermosura y aspecto de robustez; finalmente, se decía tambien que echando arsénico en el alimento que se daba á los caballos viejos, los daba nuevo vigor y los hacia tomar el pienso con mas gusto. Recientemente el testimonio de viajeros dignos de fe, ha confirmado el hecho extraño de que hay hombres que toman diariamente dos granos de arsénico y se ha citado el ejemplo de un hombre que toma diez granos diarios y otro que ha llegado á tomar hasta treinta y tres granos por día estando en ayunas. Los efectos que produce son un aumento de apetito y el correspondiente aumento de volumen en el cuerpo, hasta el punto de que un individuo que haga uso de este veneno, llega á aumentar veinte libras de peso en unos dos meses. Esta costumbre lleva, sin embargo, el castigo consigo; si se empieza á tomar una vez, es preciso continuar, porque dejándola súbitamente, el individuo muere; además, para obtener el efecto deseado, es necesario que la dosis aumente progresivamente. Se ha tratado de negar estos hechos, pero son tales, y su verdad es tan evidente, que no admiten disputa. La costumbre es una segunda naturaleza, y todo el mundo sabe, que los que hacen uso del opio, llegan á veces á tomarle en cantidades que parecen increíbles.

El consumo de café en Inglaterra es enorme, pues se calcula que asciende anualmente á 18,000 toneladas. Hace poco se ha descubierto que los posos del café son una materia excelente para el abono de las tierras, y varios periódicos de dicho país han indicado ya la conveniencia de aprovechar estos posos y servirse de ellos como del guano ó de cualquiera otra clase de abono para las tierras. Se cree que dentro de poco empezarán á usarlos para abonar las huertas y los jardines.

El doctor Demaux ha estudiado por espacio de muchos años los efectos que produce en los hijos, el vicio de embriagarse en los padres y ha visto que de 36 epilépticos, 5 debian su enfermedad á la intemperancia de sus padres. Otro enfermo de diez y siete años que padecía una enagenacion mental, debía su enfermedad á la misma causa. La naturaleza es liberal en extremo, pero sus leyes no se contrarian impunemente.

LAS HUELGAS DE PARIS.

(CONTINUACION.)

—No, no vale ello la pena de distraeros por tan poca cosa, me contestó, demudada la voz que se violentaba por hacer aparecer tranquila; oid, oid ese terceto místico que arrancará un aplauso unánime, porque es cosa divina: lo oí en la *Scala* de Milan hace algun tiempo, y no he podido olvidar recuerdo tan precioso.

Espantábame la naturalidad y sangre fría de aquel hombre, cuya palidez venia á desmentir la serenidad de que hacia alarde, y el estravío de sus rasgados ojos que traducian una alteracion marcada.

Y sin embargo, le ví absorto un breve rato, estasiado en la contemplacion del coro de arcángeles aéreos que poblaba la escena y que arrancaba al numeroso concurso un borrascoso estrépito de aclamaciones.

—Pero os veo demudado é inquieto, Horacio, le dije, y en vano pretendéis ocultármelo. ¡Y bien! ¿qué os sucede?

VII.

Por toda respuesta Mr. Berryer me cogió las dos manos entre las suyas convulsas y crispadas, lanzándome una alarmante mirada, como un relámpago.

El telon caia entonces: la orquesta á pleno instrumental resonaba como una tempestad de armonías y la multitud agitaba sus millares de voces, como una espantosa revolucion anárquica.

Y entonces, en medio de aquel cataclismo diabólico de voces, gritos, aclamaciones y notas de música, en medio de aquel torbellino de vociferaciones, el joven periodista me arrastró hácia afuera sin soltar la mano que me tenia asida tenazmente y atravesamos así los pasillos, bajamos las escalinatas de mármol, y al través del compacto oleaje, nos abrimos paso hasta fuera, donde el aire embalsamado del crepúsculo pareció devolvernos el aliento y la vida.

—Seguidme, exclamó Berryer con precipitacion; y me obligó á obedecerle sin réplica, porque mi voluntad yacia bajo la presion de un misterio fascinador y sombrío.

Llegamos á los boulevares de Capuchinos y de la Magdalena, donde subimos á un modesto fiacre apostado ya de intento por mi amigo, y partieron al trote los caballos.

Anochece ya, y discurrían numerosos grupos por los Campos Eliseos, donde una banda militar tocaba varios aires marciales, ejecutados por la mejor charanga que he oido en toda mi vida acaso.

Al pasar junto á los jardines de las Tullerías, un cabriolé que habia emboscado entre los árboles del esterior y que parecia acecharnos, salió, y continuó siguiéndonos á convenida distancia.

De allí á poco pasábamos el célebre arco del Triunfo, y desde allí se nos ofreció en todo su grandioso y pintoresco aspecto el punto converjente de las tres alamedas que puede decirse enlazan la barrera de la Estrella con el Bosque de Boloña, al cual dan entrada las puertas Maillot, Sablons, Dauphine y Grille de la Muette, por los mismos Campos Eliseos. La primera de estas alamedas presentábase recta al frente, y era la de Neuilly, á la izquierda, y á lo largo del Hipódromo desplegábase la segunda nombrada de Saint-Cloud, antes de Carlos X, y entre ambas, que conducen á las poblaciones de sus respectivos nombres mucho mas larga y hermosa, ofreciase á nuestra vista la magnífica alameda de la Emperatriz, por la cual continuamos la ruta, atravesando los caminos de Saint-Denis y la via estratégica que va paralela á lo largo de las fortificaciones, al camino de hierro de Anteuil, hasta la puerta del Delin que da ingreso al Bosque de Boloña, dominado por aquella parte por las alturas del monte Valérien y las pintorescas faldas de Saint-Cloud, Bellevue y de Meudon, con sus palacios y quintas de recreo, donde brillaban algunas luces fugitivas en medio de la semi-oscuridad de la noche que cerraba á toda prisa.

VIII.

Por muchas que fueron mis tentativas durante aquel singular paseo nocturno por trabar conversacion con mi amigo, no pude conseguirlo; mis preguntas solo obtenian por contestacion monosílabos que no dejaban lugar á réplica, y volvia yo entonces á desistir de nuevo de mi curiosidad, atormentada por la presion de una especie de encanto sombrío.

Continuamos por el camino del Lago entre un verda-

dero laberinto de frondosos árboles cruzados en líneas paralelas y cuyos ramajes compactos de un verde negro y aterciopelado condensaban el espacio cerrado por una bóveda impenetrable. Un momento despues llegá-bamos junto á la pintoresca ribera del lago inferior, orillado de pinabetes y acacias é iluminado por la luz de un gran farol colocado sobre la cruz de un árbol elevado, y que arrojaba una débil claridad vacilante, como un pálido crepúsculo.

El lago y sus riberas, las islas, los árboles, la selva, en fin, parecian un sitio mágico y encantado en aquella hora silenciosa, á la cual prestaba doble realce la misteriosa aventura de aquella noche singular y estraña.

IX.

Horacio dió una orden y detúvose el fiacre.

A su vez detúvose tambien el cabriolé que nos seguia y del cual ví bajar dos personas.

Tambien nosotros nos apeamos, y ambos vehículos, como por un estudiado juego de reciprocidad mutua, retiráronse á una prudente distancia.

Al separarse de allí el cochero, me dirigió una mirada sostenida, que no supe interpretar por cierto, y marcó un movimiento de cabeza pesaroso.

No sé si seria aquello fingimiento por parte de aquel hombre: lo cierto es que me pareció verle tambien temblar y estremecerse.

Ví entonces á los dos personajes del otro carruaje que paseaban conversando en secreto por la doble ribera del lago.

Otro grupo de tres individuos se aproximaba tambien á paso lento, indiferentes al parecer y entretenidos en una sabrosa plática.

Al pasar junto á nosotros, nos dirigieron un atento saludo que repitieron luego igualmente á la pareja del cabriolé, y continuaron su paseo y su animada conferencia.

Todos hablaban, todos, sí, á escepcion de mi amigo y yo, mi amigo, encerrado en un silencio cada vez mas absoluto y sistemático, que solo alteraba de vez en cuando una respiracion sonora parecida á un suspiro.

Para mí aquella situacion era terrible, angustiosa: la ansiedad me devoraba.

Horacio se aproximó al reverbero y miró su reloj, cuyas agujas marcaban las ocho menos cuarto; hora fatal, como él la llamó luego.

Entonces, retirándome ceremoniosamente hácia la balastrada opuesta, oscurecida por la penumbra, me dijo, asiéndose convulsivamente á mi brazo:

—Va á sonar la hora fatal, amigo mio, y ha llegado el caso de comunicaros sin reserva alguna el gran secreto del que hasta ahora he hecho pender vuestra curiosidad y acaso tambien vuestros cuidados.

Respiré y temí al propio tiempo: nunca sube tan alta la importancia de un misterio como cuando está próximo á revelarse.

Le cogí la mano, que él me alargaba, y la apreté con efusion, acaso con gratitud.

Aquella mano apretó la mia como un tornillo de presion elástica; me pareció, como antes, helada como el mismo mármol, y temblorosa mas que nunca.

—¿Qué os sucede, pues? me atreví á preguntarle, alentando la esperanza de una confidencia.

X.

—Oid, repuso bajando la voz, se trata de un asunto grave, conocido hoy de muy pocas personas, pero del cual y de sus consecuencias se ocupará mañana todo París y luego la Francia.

Aquella voz era cavernosa y fatídica y parecia repercutir como un timbre bronco en mi corazon comprimido.

—¿Recordais, continuó, aquel artículo que escribisteis sobre critica literaria y que *La Presse* no tuvo inconveniente en insertar en sus columnas?

—Sí, me acuerdo, le contesté, y aun casi me atreveria á reproducirlo de memoria.

—Pues bien, en él, permitiéndoos ciertas apreciaciones justas, calificásteis ventajosamente, cual merecia, la reputacion de una celebridad literaria universalmente conocida, al paso que de la mejor buena fe y usando de un derecho que la amistad os concedia, revelásteis un pormenor que no debia ser por ahora patrimonio de un público intransigente y mordaz. En vista, pues, de ese paso, cuyas consecuencias no calculásteis al darlo, la sátira envenena hoy los altos círculos y la fama del escritor padece inmerecidamente en cierto modo.

—No comprendo á dónde vais á parar, Horacio, le dije turbado en verdad por tanta peripecia.

—Andais trascordado, querido, se trata de aquella falsificacion, ó por mejor decir, suplantacion que sabeis en las Dos Dianas y en el Conde de Monte-Cristo.

—¡Ah! sí, repliqué, recordando al fin la especie, es verdad, y siento que mi indiscrecion os haya producido el mas mínimo disgusto, puesto que debiéndoos la revelacion confidencial del hecho...

—No se trata ahora de eso, amigo mio, no habiéndoos yo encargado la reserva, estábais en vuestro dere-



ESPEDICION AL PACIFICO.—LECHERA EN EL INTERIOR DEL PERU. DE UN CROQUIS DEL SEÑOR CASTRO.

cho de hacer cualquier uso de mis palabras: pero aun hay mas: vuestro artículo se insertó bajo mi responsabilidad, y aun lo recomendé, como cosa que procedía de vos: por consiguiente, si aquí hubiese algun culpado, lo seria yo en realidad, por mas que vos fuérais mi cómplice en el delito.

—Pues bien, prosiguió, esta tarde en el Hipódromo he sabido que se trataba de un duelo provocado por ese mismo artículo y entre dos personas conocidas mias, una de las cuales sois vos.

—¡Yo! exclamé aturrido por la sorpresa, ¡yo batiirme por una bagatela como esa, Horacio! ¿estais en vos?

—Sí, érais el provocado, y por eso fuí á buscar al provocador sin perder tiempo, al cual hallé en la fonda de los Leones.

—Era un mozalvete casquivano y presuntuoso, con sus puntas de literato y un orgullo necio y desmedido, uno de esos jóvenes aprendices del taller de novelas de Dumas, apadrinados por éste y que medran á su gran sombra cosmopolita; uno de esos afeminados maniquies asalariados en el teatro de la Opera para las comparsas y que fanatizados por un culto servil hácia el gran novelista, se convierten en autómatas de sus mas leves caprichos. Le hallé medio tendido en un confidente, fumando un cigarro habano, mientras que á su lado ardía un magnífico ponche, cuya llama daba al rostro de aquel pollo sin cáscara apenas, un tinte azulado y lívido.

XI.

—Saludámonos y nos entendimos: el duelo quedó concertado á pistola esta noche á las nueve en el bos-

que de Boloña y en este propio sitio; con la particularidad de que el provocador debe entenderse conmigo que he obtenido la gracia de sustituirlos, á vos, extranjero en Francia y que no debéis responder de todo, mucho mas atendido el grado de nuestras relaciones. Hé aquí, pues, el misterio que no he debido revelaros hasta este instante y que va á desenlazarse en su último grado de un modo trágico y sangriento.

Abracé entonces á aquel joven tan generoso, cuya sublime abnegacion no podia ir mas lejos, y hondamente conmovido por su suerte, le supliqué en vano desistiera de su propósito, pues yo me dejaria matar, si era necesario, para satisfacer á mi contrario, antes de permitir que él se espusiera.

Todo fue inútil, y hube de desistir, agotados todos los argumentos persuasivos que pude emplear para conseguir mi objeto.

—Tranquilizaos, me dijo con una sonrisa histérica y burlona; siendo yo el provocado, me toca disparar primero; no he querido cederle el privilegio, apoyándome en la justicia de mi causa; así, pues, rogad por su alma á Dios, que yo me encargo de dar buena cuenta de su vida.

XII.

Oyóse una palmada sonora que retumbó en el bosque, y Horacio miró el reloj.

—Faltan diez minutos, dijo, y avisan que me prepare; descansad y no desconfiéis de mi pericia en estos casos: una ó dos balas curarán la presuncion de ese pobre joven para siempre, porque podeis estar seguro de que le mataré sin recurso.

Entonces los dos hombres que bajaron del cabriolé y

que eran el joven provocador y su padrino, se acercaron hácia el embarcadero del Lago, interin que el grupo de las tres personas que paseaban por junto á la empalizada del mismo separábanse de ella, concentrándose y formando un punto de triángulo entre nuestro grupo y el otro.

A pesar de la debilidad de la luz, pude conocer á dos de aquellos tres individuos. Eran el cirujano Mr. Lepelletier y M. d'Argenteuil, ex-capitan de la guardia montada de Dragones, y á quien conocí en el Hotel de San Marcelo, rue Richelieu. En cuanto al otro, era un joven abate de mirada viva y movimientos sueltos y espeditos.

Poco á poco fuimos aproximándonos, nos saludamos de nuevo y pudimos oír una ardiente exhortacion evangélica de boca del abate, el cual se esforzó en vano por reconciliar á los contendientes.

—Sea como quiera, exclamó el animoso Berryer, saludando graciosamente y retirándose un paso atrás, queda siempre el grato consuelo de los postreros auxilios espirituales y corporales: el señor abate y M. Lepelletier deben estar ufanos por el doble papel que van á representar en este drama, pues además de tener ocasion de ejercer sus respectivos ministerios, serán tambien testigos de que morimos cristianos, cuando hemos tomado tales precauciones.

XIII.

Separámonos al punto.

El abate se retiró á alguna distancia, arrodillóse, y pareció orar: el cirujano se alejó tambien, porque las leyes del duelo lo prescribian, y yo le imité al punto, despues de dar un cordial abrazo á mi generoso amigo, á quien en mi delirante raptó traté en vano de arrastrar en pos de mí. Quedaron él y su imberbe enemigo, como dos columnas inmóviles, de pie, algo lejos uno del otro, interin los padrinos reconocian el sitio y arreglaban las distancias y condiciones locales del duelo.

La noche se hacia cada vez mas densa, y el reflejo movable de la luz apenas permitia calcular la anchura del parque sombreado por el ramaje, como un sudario manchado. Por un acaso á trechos dados entreabríase aquella prolongada bóveda de arboladura, dejando ver un trozo de cielo azul zafiro, donde campeaba alguna estrella, como inflamadas chispas de diamante de resistente brillo, y luego desaparecian aquel cielo y aquellas estrellas veladas por el mismo ramaje agitado por el viento de la noche.

Mi corazon latia con violencia, como si quisiera saltármese del pecho, y mi respiracion agitada, sorda y anhelante precipitábase comprimida por un terror mortal.

Los padrinos fijaron los puntos que debian ocupar los contendientes, quienes colocados convenientemente, permanecieron inmóviles, con la vista cubierta y esperando la órden fatal.

—¡Qué momentos aquellos! ¡Qué agonía!

Al fin sonaron tres palmadas consecutivas.

Era la siniestra señal.

Un relámpago azulado estalló entonces, y al propio tiempo una detonacion terrible hirió mi oído.

Ante aquella zona luminosa se cegó mi vista, y sentí al punto la impresion del humo azufrado de la pólvora.

Sin embargo, ambos contrarios permanecian de pie, al parecer incólumes.

Quien habia disparado era el ofendido, Mr. de Berryer; y sin embargo, su profecía no se habia cumplido: su provocador estaba allí triunfante, y le apuntaba al pecho.

¡Dios mio! ¡qué momento aquel tan cruel para mí!

Al punto sonó el tiro: desplegóse ante mí una nebulosa parábola, y caí inanimado maquinalmente sobre un banco de piedra, aterrado por mis propios temores por la vida de mi amigo.

XIV.

Un fuego graneado de palmadas y gritos me despertó del parasismo momentáneo en que habia caído. Abrí los ojos y ví á Horacio de pie, inmóvil como una estatua. En aquella actitud habia mucho de arrogancia y de ira, y en su mirada vívida debió lucir un sombrío destello de cólera.

Dirigióse luego á mí, y me cogió la mano, menoscridada que la suya, siempre helada.

Estaba pálido como un difunto.

Nos abrazamos con entusiasmo y le dije:

—Gracias mil, Horacio: Dios no ha querido que moriésemos.

Sus pupilas desplegaron un rayo colérico.

(Se concluirá en el próximo número.)

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los monaguillos en general piensan que papas ellos serán.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASP
IMPRESA DE GASPARY ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4